

Editorial

En Pedagogía Religiosa vivimos hoy el encuentro con una serie de ideas que están revolucionando la práctica concreta de la catequesis. Entre otras, podrían enumerarse las siguientes: necesidad de acercar la educación de la fe más a la vida que a la institución (escolar, en muchos casos); urgencia de un acento liberador en que el compromiso en la comunidad consiga una acción suficiente; imposibilidad de cooperar en una maduración de la fe sin dirigirla sobre la experiencia de la propia maduración, etc. Por otro lado, hemos sido asaltados por dos orientaciones muy concretas en el terreno de la didáctica, de la técnica del aprendizaje: lo audiovisual, como testimonio de la vida concreta y como modo de proyección de la situación personal, y sus variantes que van desde la fotopalabra al happening; y las técnicas de dinámica de grupo, que nos aportan el acento de la comunidad como cooperadora de cualquier maduración.

Estas dos instancias —la idea y la técnica— están suponiendo un nuevo vigor en la acción catequística y un nuevo optimismo en los catequistas. Todos vamos viendo una serie de posibilidades distintas para aproximarnos a lo que siempre ha querido la educación de la fe. Como tales, bienvenidas sean.

Ahora bien; si hemos empleado el verbo asaltar no ha sido la ligera.

Ocurre que estas dos instancias nos están llevando de hecho a olvidar que la catequesis no puede separarse de la situación amplia de todo el proceso educativo en que se inscribe. Tratamos de rehacer nuestra actitud de catequistas entendiendo que en la urgencia de tal tarea hay un signo de los tiempos. Pero olvidamos que ese signo se refiere a un planteamiento de ba



En concreto: renunciamos tal vez con inconsciente facilidad a comprender las posibilidades renovadoras que ofrecen los nuevos planteamientos de toda la educación, y concentramos nuestro esfuerzo en la didáctica (?) de la fe. Olvidamos hacer de la enseñanza «profana» un lugar de encuentro de nuestros muchachos con la vida, y pretendemos reservar ese encuentro para la catequesis. Descuidamos el objetivo de formación con que debe afrontarse cada materia del llamado programa, y en cambio lo reservamos para la catequesis.

No estamos tratando de entrar en la discusión de catequesis escolar o extraescolar. Simplemente insistimos en la inconsecuencia de esperar una actitud en la catequesis cuando el «resto» de la educación no cultiva esa actitud. Es imposible hacer consciente a un muchacho de sus interrogantes fundamentales, si éstos no surgen en el más inmediato de sus compromisos: el trabajo o la capacitación profesional. Cuando menos, es problemática la profundidad de tales interrogantes si no han nacido en el amplio campo en que transcurre la vida de los hombres.

Por eso insistimos: el lugar donde tener en cuenta las dos instancias de que hablamos antes no es primariamente la catequesis, sino la educación en cuanto tal. Recibir las y reservarlas para la educación de la fe equivale a ser asaltados por ellas. En ese caso habría podido más su atractivo inicial que su contenido de base, es decir, todo el planteamiento de la maduración humana que suponen.

* * *

Hemos querido tenerlo en cuenta en los artículos que siguen. Al reunirlos bajo el tema de nuestra portada queremos ir más allá de cada uno de ellos: hasta la conciencia de que el Espíritu nos exige comprometernos en una educación nueva antes que en una catequesis nueva. Y en este caso no hay miedo de meter al Espíritu donde no deba estar.